

*Andreu Martín*  
La noche que Wendy  
aprendió a volar



0957

ALGAR  
JOVEN

Un asesinato, un robo...  
y un gran misterio

Hace media hora que el coche Z número 304 ha salido de la comisaría de Sarrià-Sant Gervasi y recorre las calles de la parte alta de la ciudad.

Hoy es sábado. El sargento jefe de turno, durante el *briefing*, les ha dado los números de unas cuantas matrículas de coches robados y le ha dicho que controlen la entrada y salida de discotecas donde se sabe que hay camellos, y ha añadido que vayan con mucho cuidado, que hoy hace mucho calor y que el calor es un irritante de las hormonas de los jóvenes.

Conduce Roger Dueso. Tiene los ojos redondos y prominentes, como de rana, y la boca gruesa y curvada hacia abajo, con expresión de mala leche. La cara carnosa y blanda. Sí que se parece un poco a una rana o a un sapo. Va muy serio, cejijunto, ausente. Se toma muy a pecho lo de ser policía. A lo mejor se cree que, con la cara que tiene, si no se manifestara severo e intransigente, lo acabarían tomando por el pito del sereno.

A su lado, Wendy Aguilar, charlatana y en las nubes. Siempre con sus fantasías. Roger piensa que sus padres, que eran como niños, le contaron demasiados cuentos infantiles. Sobre todo, el de Peter Pan, como su nombre indica. Cualquier observador atento se daría cuenta de que está harto de tanta cháchara.

—...Una vidente —dice ella—, sí, sí, vidente, de ésas que dicen que pueden ver el futuro. Y me dice «trae la mano». Yo no me creía nada, imagínate. Digo: «Toma la mano, como si quieres el pie». Y se pone a leerme la mano. Que si la línea de la vida, que si la vida de los hijos. Dice: «Tú tendrás una vida corta». Digo: «¿Una vida corta? ¡Pues ahora no te pago!». Dice: «¿Que no me pagas?» Digo: «Que no te pago». Jobar, cómo se cabreó. A mí me parece que las videntes deberían limitarse a dar las buenas noticias. Es de muy mala educación decirle a una persona «Tú te vas a morir pronto», vaya, me parece a mí... Pues es exactamente lo que me dijo. La dejo allí plantada, en medio de la Rambla, y se queda gritando maldiciones: «¡Te vas a morir joven!».

La radio del coche se pone a hablar, trasladando desgracias con esa voz femenina automática e insensible. Hay un posible sesenta en la Vía Augusta,

a la altura del metro de Tres Torres. Un tiroteo. Gente armada y peligrosa por los alrededores. Envían tres coches Z por si acaso. El servicio sanitario se encuentra en ruta.

El coche que hay más cerca es el 304, conducido por Roger Dueso, que ahora conecta la sirena y toda la iluminación de árbol de Navidad del techo y acelera.

A estas horas, la noche tiene toda una vida por delante. Las calles van llenas de jóvenes cargados de esperanza que buscan bares y discotecas para llenarse la cabeza de música. A estas horas, la noche todavía es alegre, musical, maquillada con los colores del neón. Y una de las canciones que más se escuchan es esta sirena que rasga la calle, que separa coches y detiene en seco a los transeúntes.

Roger ha dicho «Vamos allá».

Automáticamente, Wendy ha despegado el velcro que cierra la funda de la pistola, pero continúa charlando como si nada.

—Me dice la vidente: «Tú morirás el día que cumplas los veintitrés». Digo: «Jobar». Dice: «Te atropellará un camión». Digo: «Coño», con perdón. La envié al cuerno. Pero, ¿sabes por qué se me ocurre ahora hablar de esto? —Roger no lo sabe, ni parece que le interese, pero no dice nada—. Pues

porque mañana, vaya, dentro de media hora, cumpliré veintitrés años.

Roger, protegido bajo el paraguas de la sirena y de las luces azules, cambia de cuarta a tercera para imprimir más energía al vehículo.

—Veintitrés años —insiste Wendy, un poco molesta porque el otro no se da por aludido—. Dentro de media hora. Te lo digo porque me parece que, a veces, a los novios les interesa saber cuándo cumplen años sus novias.

—Novia me parece una palabra demasiado fuerte, novia.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, inquieta.

—¿Qué quiero decir? —él también se muestra inquieto, como si fuera muy difícil especificar qué quiere decir exactamente—. Pues que somos demasiado jóvenes, a lo mejor.

—¿Demasiado jóvenes? Dentro de media hora, ya podré decir que tengo veintitrés años...

—Demasiado jóvenes para enamorarnos, quería decir.

—¿Lo bastante mayores como para hacer el amor pero demasiado jóvenes para enamorarnos?

—Quería decir para comprometernos.

—¿Somos lo bastante mayores como para llevar pistola, y placa, y para detener a delincuentes y

llevarlos ante el juez, y somos demasiado jóvenes para comprometernos?

Él se exaspera.

—¡No quería decir eso! ¡No quería decir eso!

—¿Pues qué querías decir?

—¡Que estoy enamorado de otra, eso quería decir!

Ya está dicho.

Ya hace tiempo que Wendy esperaba algo así, se lo estaba oliendo, pero la revelación le rompe la voz y le humedece los ojos.

—¿Enamorado de otra mujer?

—Sí —dice Roger con boca pequeña.

—¿De Andrea?

—Sí.

—¿Andrea Pasqual, de Homicidios?

—Sí.

Wendy rompe a llorar porque le cree, porque acaba de confirmar sospechas a las que hasta ahora no había prestado mucha atención. Unas cuantas veces ha sorprendido a Roger hablando con Andrea Pasqual, en los pasillos de la Central, o en el aparcamiento, o en el comedor, delante de la máquina de café.

Andrea Pasqual, mucho más alta, más guapa, más elegante, más seria y más sabia que Wendy.

Andrea Pasqual, que no viste de uniforme sino que va a la moda. Tan femenina, tan soberbia, tan fría, tan dura y tan madura, acostumbrada a tratar con cadáveres y asesinos.

Llega el coche al lugar de los hechos, donde se aglomera una multitud de curiosos, todos ellos jóvenes noctámbulos que iban de marcha y ahora no saben qué hacer delante de un muerto a tiros.

Wendy ya baja llorando del coche. Aunque trata de disimular, la pandilla de curiosos presentes pensará que la pobre chica, tan joven para ser policía, está afectada por la visión de la sangre.

Y no es eso. No es eso.